

## Jesucristo, sumo Maestro

Jesús es realmente el Emmanuel, Dios con nosotros. Y si este hombre es Dios, ¡de qué abundancia de dones debe estar lleno! La toma de posesión de esta naturaleza humana por Dios mismo, confiere a este hombre atributos, derechos, dones y privilegios únicos, entre los que podemos señalar especialmente los tres títulos comprendidos en el nombre de *Ungido* o *Cristo*, esto es, el oficio de **Pontífice**, **Maestro** y **Rey**. Consideremos brevemente estos títulos, comenzando por el de *Maestro*.

### 1º Jesucristo, Maestro por antonomasia.

Adán quedó constituido por Dios como supremo maestro y doctor de los hombres; y para ello recibió de Dios la *ciencia infusa*, que lo capacitaba para instruir a toda la sociedad humana en las verdades naturales y sobrenaturales necesarias para que el hombre alcanzara su fin. De manera semejante, Cristo, nuevo Adán, debía ser el supremo Maestro de la humanidad.

*En efecto, para redimir al hombre y restablecer el orden perdido por el pecado, era necesario ante todo restaurar la inteligencia, profundamente herida por la ignorancia, que sometió al hombre al reino del error. En el Antiguo Testamento esta restauración fue sólo parcial, a través de los Patriarcas y Profetas, ya que la plena iluminación del entendimiento humano por la verdad era una empresa reservada al Mesías: al magisterio circunstancial de los enviados de Dios debía seguir el magisterio del Doctor y Maestro por antonomasia que Dios había de enviar en su nombre a los hombres, magisterio pleno y definitivo, culminación de toda la Revelación.*

*El Mesías, además, debía ser el Verbo del Padre, la Sabiduría increada; El solo, y no otro, «era la Luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo» (Jn. 1 9). Así estaba claramente anunciado por las profecías: «En los últimos días... todas las gentes acudirán al Monte en que se erigirá la casa del Señor; y vendrán muchos pueblos y naciones y dirán: Ea, subamos al Monte del Señor y a la casa del Dios de Jacob, y El nos mostrará sus caminos, y por sus sendas andaremos; porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Señor» (Is. 2 2-3).*

En los siglos premesiánicos era un anhelo universal el de la venida de un maestro que disipara las tinieblas del pensamiento humano. Tan arraigada estaba la convicción del magisterio del Mesías entre el pueblo judío, que cuando se acercan los tiempos mesiánicos se espera una explosión de la verdad que llene

con su claridad el pensamiento del hombre. La respuesta de la samaritana, a este respecto, es la voz apremiante de todo Israel: «*Sé que viene ya el Mesías, que se llama Cristo, y cuando El llegue, nos lo declarará todo*» (Jn. 4 25).

## 2º Diferentes ciencias de Jesucristo.

En virtud de la unión hipostática, Jesucristo se ve dotado de cuatro ciencias, todas ellas eminentes y sumas en su orden, que lo capacitan para su ministerio de Maestro supremo y definitivo:

*1º Ante todo, en cuanto Dios, tiene la **ciencia divina** del Verbo: El mismo procede del Padre por vía de entendimiento, El es la doctrina del Padre. Y ya como hombre, el alma humana de Cristo se ve adornada, desde el instante mismo de su creación, de otras tres ciencias:*

*2º La ciencia de **visión beatífica** de los bienaventurados, por la que conoce todas las cosas en la esencia divina del Verbo. Cierto es que la ciencia divina de Jesús supera infinitamente la ciencia de la visión beatífica; pero habiendo querido El asumir personalmente un alma y un cuerpo humano, asumía sus facultades de saber y de conocer, y las elevaba a la mayor perfección posible.*

*3º La segunda es la **ciencia infusa** de los ángeles: por ella Jesucristo tenía un conocimiento perfecto de todo lo creado por Dios, sin excluir acontecimiento, cosa o persona alguna.*

*4º Y la tercera fue la **ciencia experimental** de los hombres, la única que pudo crecer con el transcurso de los años, y de la que Nuestro Señor se valió ciertamente para proponernos todas las verdades sobrenaturales bajo la envoltura de las cosas sensibles, como en las parábolas.*

Así pues, aun en su alma humana, Jesús nos conoce a todos y en todos los detalles de nuestras vidas; de modo que no hay nada que exista en el presente, o haya existido en el pasado, o deba existir en el futuro, ya sean acciones, palabras o pensamientos, que el Verbo encarnado no haya conocido desde el primer instante de su concepción. Y este conocimiento engendra un amor sin límites por las almas que se orientan hacia El y cumplen su voluntad. Su alma desea ardientemente comunicarles su gloria. Por eso Jesucristo será el juez de todas las almas.

*Todo hombre y toda sociedad están obligados a recibir con acatamiento y plena adhesión esta luz y enseñanza de Jesucristo. El mundo cristiano no es otro que el que se rige en base a las enseñanzas luminosas del Verbo encarnado. El mundo moderno, en cambio, se caracteriza por el rechazo culpable y apóstata de la verdad que Cristo vino a enseñarnos de parte del Padre.*

## 3º Resumen de la enseñanza dogmática y moral de Jesús Maestro.

La doctrina de Nuestro Señor Jesucristo es la coronación de la doctrina revelada en el Antiguo Testamento. Por eso, hay en ella elementos doctrinales nue-

vos, pero también verdades ya conocidas, como la existencia de un Dios único y creador, de los ángeles buenos y de los demonios, de la resurrección de los muertos al final de los tiempos, etc. Las enseñanzas nuevas podemos resumirlas en tres temas principales: la persona y la misión de Jesús, el Reino de Dios, y la vida moral y religiosa según el Evangelio.

### **1º La persona y la misión de Jesucristo.**

Nuestro Señor se presenta como el Mesías anunciado por los Profetas, y por eso se aplica todas las profecías antiguas y se atribuye todos los títulos que los Profetas habían dado al Mesías: Rey, Hijo del hombre, Juez, y sobre todo Hijo de Dios.

Sobre este último punto, Nuestro Señor nos hace sorprendentes revelaciones. En Dios hay Trinidad de personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. *En cuanto Dios*, El mismo es el Hijo, engendrado por el Padre; por eso preexiste desde toda la eternidad y tiene el mismo poder y la misma gloria que el Padre; todo lo que es del Padre es suyo, y lo suyo es del Padre, es uno con el Padre, está en el Padre y el Padre está en El. *En cuanto hombre*, nos enseña Jesús que el Padre que permanece en El es el principio de todo lo que El es y de todo lo que hace; por eso, no hace nada de sí mismo, sino sólo lo que ve hacer al Padre, y según la voluntad del Padre.

El Padre lo envía a El, su Hijo, a fin de realizar la redención de las almas y comunicar tanto el conocimiento del Padre como la vida sobrenatural. Por eso, Jesucristo declara ser la Luz y la Verdad que ilumina a este mundo, y la Vida, que de El brota como de una fuente, y que El ha venido a traer en abundancia. Sólo El es el Camino, la Verdad y la Vida. Conocerle a El es conocer al Padre. La redención de las almas se realizará al precio de su sangre, la sangre de la nueva alianza, es decir, por su inmolación y muerte en la cruz.

Del Padre y del Hijo procede el Espíritu Santo, que continuará la misión de Jesucristo después de su pasión y muerte.

### **2º El Reino de Dios o de los Cielos.**

Nuestro Señor viene a establecer el Reino de Dios anunciado por los Profetas.

Es un Reino ante todo espiritual, que se encuentra dentro de nosotros, en las almas; pero no presenta un carácter individual, sino social: es una sociedad visible, jerarquizada, en la que hay una autoridad divina, en la que se entra por el bautismo, y de la que se puede ser expulsado por gravísimos crímenes. San Mateo nos da el nombre de este Reino: la Iglesia. Esta Iglesia está fundada sobre Pedro como sobre piedra fundamental, y sobre los Apóstoles; recibe el poder y la misión de atar y desatar, de perdonar los pecados, de enseñar y predicar la fe a las naciones.

Este Reino tiene dos etapas. Durante la *primera, en la tierra*, se compone de justos y pecadores, de trigo y de cizaña; ha de difundirse por la predicación de

la palabra de Dios, crecer hasta convertirse en un gran árbol, y producir un gran cambio en la sociedad humana, como la levadura fermenta la masa. La *segunda etapa* de este Reino es *su consumación al final de los tiempos*: en el momento del Juicio universal, Jesucristo juzgará a todos los hombres, separará en su Iglesia a los justos de los pecadores, para confirmar a los primeros en la posesión definitiva del Reino de los Cielos, y excluir para siempre de ese Reino a los segundos.

### 3º Vida moral y religiosa según el Evangelio.

Es el conjunto de las condiciones y reglas de vida a las que deben someterse quienes quieren tener parte en el Reino de Dios.

Para entrar en el Reino de Dios es necesario convertirse, y luego perseverar en él. Por eso, Nuestro Señor no deja de enseñar la importancia: • ante todo, de la *penitencia*, a la que dedica sus más hermosas parábolas; • luego, de la *vigilancia*, para no dejarse sorprender por el pecado ni por el enemigo; • finalmente, de la *renuncia cristiana*, que incluye desde el cargar con la propia cruz, hasta el desprender el corazón de los bienes de la tierra, de los propios familiares y de la propia vida si es necesario.

Nuestro Señor establece también la necesidad absoluta de la fe para salvarse: fe en su persona, fe en su misión y fe en su enseñanza. Esta fe es la condición previa para tener la vida divina que El ha venido a traer a los hombres, y que consiste en la unión constante con Jesucristo. El cristiano es como el sarmiento unido a la vid. Esta vida les ha de ser comunicada por medio de los sacramentos, entre los cuales se mencionan explícitamente en el Evangelio el Bautismo, la Eucaristía, la Confesión y el Matrimonio, que Cristo restaura en su indisolubilidad primitiva. Se preceptúa la sumisión a las autoridades espirituales que El establece; quien a ellas oye, lo oye a El mismo, y quien a ellas rechaza, a Cristo rechaza.

El fundamento de la moral evangélica es el *amor de Dios*, revelado como Padre, y el *amor del prójimo*, considerado como hijo de un mismo Padre celestial. Este sentimiento de la paternidad de Dios es uno de los rasgos esenciales de la doctrina de Nuestro Señor. De este doble amor se derivan toda una serie de actitudes. Así, el amor de Dios debe inspirarnos: • el *deseo y búsqueda de la santidad*, de una santidad interior, y no exterior como la de los fariseos, para ser perfectos como nuestro Padre celestial; • el *cumplimiento de los mandamientos* y la sumisión a la voluntad de Dios; • la *confianza* en la Providencia paterna de Dios; • la *oración* filial, confiada y perseverante; • la *humildad* ante Dios. El amor del prójimo debe inspirarnos, igualmente, otras buenas actitudes: • la *caridad mutua*, que es el gran mandamiento de Nuestro Señor; • el *perdón* de las injurias; • la *corrección* fraterna; • el *amor de los enemigos*; • el *no juzgar*; • la *limosna*.